

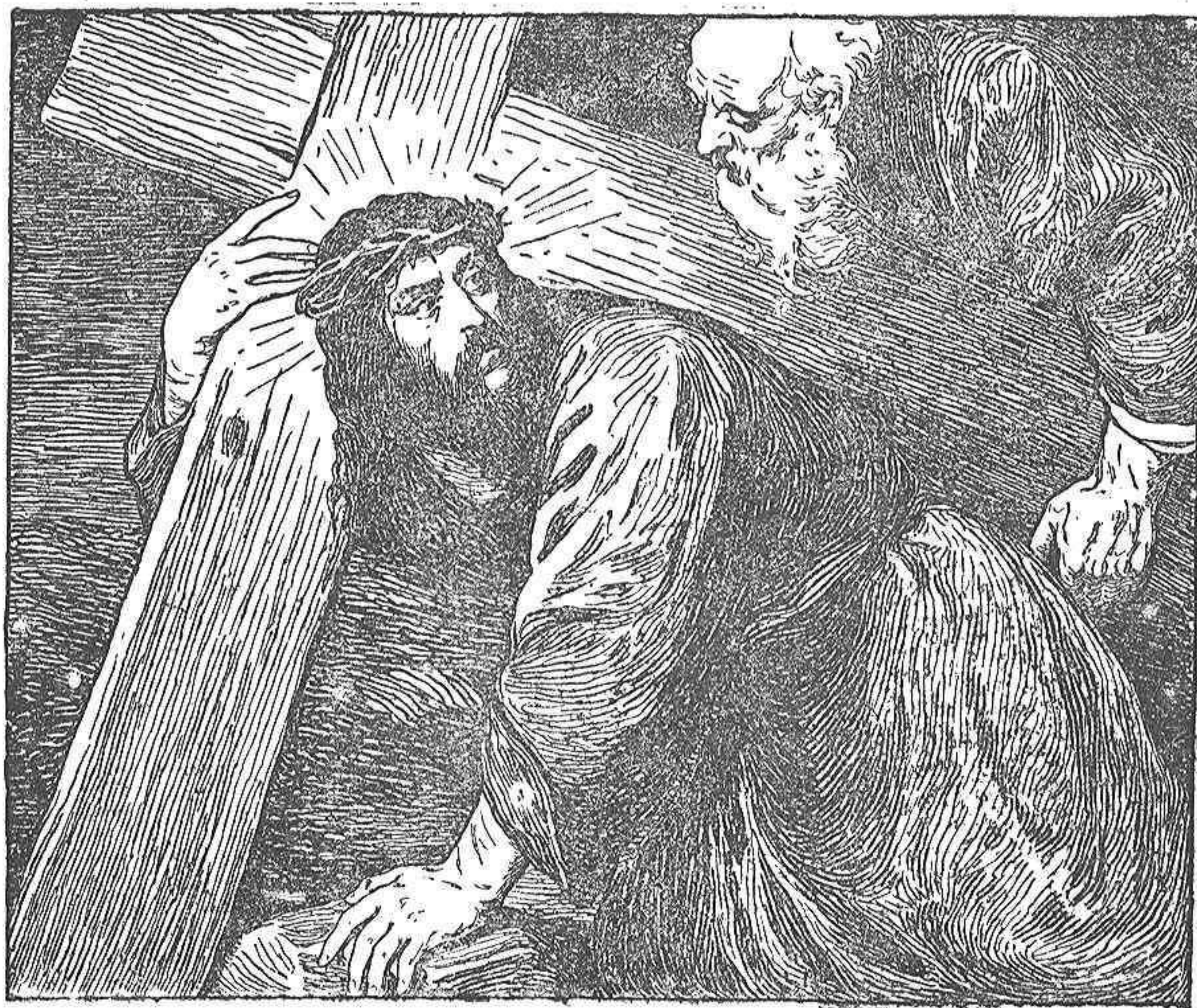
ÓRGANO DEL PARTIDO CONSERVADOR EN ESTE DISTRITO

Los trabajos que integran este número han sido censurados por el M. I. Sr. Dr. D. Gaspar Archent, Canónigo Doctoral, designado para tal objeto por la Autoridad Eclesiástica.

Redacción y Administración, calle de Santa Lucia.
No se devuelven los originales.

NÚM. 424.

Una de éstas encontré, y era su protagonista aquél á quien hasta por la contradicción que hay entre los dos nombres con que vulgarmente le



LA PRIMERA CAÍDA DE JESÚS, (*Copia del cuadro de Rubens*).

En estos días que conmemora la Iglesia los más augustos y sublimes misterios de nuestra Sacrosanta Religión, la redacción de "El Eco de Orihuela," se complace en testimoniar, por medio de este extraordinario, su acendrada fé religiosa.

designamos, hace sea todo en él notable; me refiero al Buen Ladrón.

He aquí una entre las varias tradiciones que referente á éste, entresaqué de mis citadas notas y que por no hacer sobradamente largo este artículo, extrastraré en las menos palabras posibles.

¿Quién era el buen ladrón? ¿Cuál fué su vida anterior al feliz momento en que le cupo la suerte de ser tan cercano testigo del espectáculo que absortos contemplaban los Angeles, que había sido predicho por los Profetas, y de cuyo desenlace pendía la redención del mundo? ¿En qué había pasado su vida ese varón singular á quien bastó un sublime acto de contrición primero, un reconocimiento sincero de lo merecido de su pena después, y luego un deseo traducido en súplica de obtener la vida eterna, para que el Señor le

ofreciera más de lo que él pedía, pues sólo aspiraba á un recuerdo y se le daba la solemne promesa de obtener aquélla desde ese mismo día? Se comprende que desde los Santos Padres á los más modestos comentadores del Santo Evangelio, fuera la respuesta á esta pregunta, de justa curiosidad, y nos hayan dejado algo escrito sobre el particular.

Era Dimas (que este nombre se le dá unánimemente), hijo de un famoso ladrón nacido en Egipto, y fué educado desde su tierna edad en tan poco honorable profesión, llegando á ser todavía muy joven, cabeza de una partida de bandoleros que infestaba con sus fechorías una de las comarcas de aquel Reino. Sucedió por este tiempo la persecución de que fué objeto por parte de Herodes la Sagrada Familia, y á Egipto se dirigió ésta, tropezando en su camino

con la citada banda de malhechores
y con su jefe Dimas.

Al ver éste á la Santísima Virgen y al Niño Jesús, cuenta el Obispo Equilino, que quedóse absorto de la hermosura del Hijo y de la modestia de la Madre, y que atónito exclamó, no ser posible fuera aquél hijo de hombre terreno, pues que de saber tuviera Dios hijos, aseguraba serían como el que estaba contemplando. Enamorado de aquella majestad que sus personas irradiaban, no sólo se abstuvo de robarlas, sino que los condujo á su casa para que en ella tomaran descanso.

Otros interesantes detalles, como milagros operados durante su breve estancia, refiere á este propósito Pedro Natal en su *Cathalogo de Santos*, así como Theofilo Rainaldo en el libro que tituló *De metamorphosi latronis*; pero lo substancial es el episodio que queda referido. S. Anselmo, San Juan Damasceno, San Pedro Damiano, Landolfo, Voragine (autor este de la Leyenda Aurea) y otros santos y escritores que han tratado este punto, discrepan en los detalles; pues algunos atribuyen los buenos oficios que con la Sagrada Familia tuvieron los ladrones al capitán de ellos Dimas; y otros afirman que éste era entonces hijo del jefe de la banda, aunque más tarde la capitaneó también, y que á sus ruegos, el padre evitó les hicieran daño. En lo que los citados están contestes es en ser Dimas de origen egipcio, ladrón desde sus juveniles años, con cierto fondo de nobleza de corazón difícil de compaginar con su desastrada vida; pero que al llegar el término de ella, un destello de la divina gracia le hizo reconocer sus fechorías, y exhalar desde lo íntimo de su alma aquella oración que aunque breve, tal fué su eficacia hija de su sincera contrición, que hizo descendiera sobre su alma regenerada y cual río impetuoso, las celestiales aguas de las misericordias divinas, poniendo el mismo Dios su nombre en el catálogo de los Santos des-

de la altura de la cruz en que se ofrecía á su Eterno Padre como rescate del género humano.

Relatar las piadosas tradiciones relacionadas con el Santo Evangelio sería tarea harto larga; sirva lo anterior como pequeña muestra de ellas.

EL MARQUÉS DE RAFAL.

Madrid 29 Marzo 1911.

JUEVES SANTO

—¿Qué pasa, madre, qué ocurre?

¿Qué ocurre, madre, qué pasa que no cantan ya los mozos ni resuenan sus guitarras, ni entonan las coplas esas que salen de sus gargantas? ¿Qué es hoy que el Cielo está triste? ¿Qué es hoy que está triste el alma? ¿Qué es hoy que todo es silencio? ¿Qué es hoy que todo es desgracia? Yo no sé, madre, qué ocurre que no suenan las campanas. Yo no sé lo que sucede; pero en la Cárcel, la guardia no lleva el fusil al hombro, lo lleva á la funerala; y las gentes hablan bajo, y los presos ya no cantan. Yo mismo no sé qué tengo; no me ha pasado á mí nada, y sin embargo estoy triste, muy triste, madre del alma. Quiero cantar y no puedo, no me sale la voz clara; quiero reír, mas tampoco resuena mi carcajada. Madre, aquí sucede algo, aquí ocurre una desgracia que yo no sé, y eso quiero saberla para llorarla.

El chiquitín apenado; —que un pequeño era el que hablaba— así á su madre decía cogido fuerte á sus faldas.

Y su madre, santa madre, que escuchábase con ansia, díjole con voz muy queda: —¡Dios ha muerto! ¡Reza y calla! Y cogiendo entre sus manos su cabecita rizada, con lágrimas en los ojos estampó un beso en su cara.

Al poco rato el chiquillo encontró á otro camarada, y como él hizo á su madre, el otro á él le preguntara, que por qué todo era triste, que por qué muchos lloraban, que por qué ya no se oía el clamor de las campanas, que por qué todo era duelo, que por qué los de la guardia no iban con el arma al hombro, que por qué ya no escuchaban las canciones de los presos ni el sonar de las guitarras.

Y muy formal, el chiquillo, con la voz entrecortada por la emoción, que en su espíritu produjeron las palabras de su madre, dijo al punto: —Oye bien al que te habla.

Y quitándose la gorra contestó á su camarada: —Porque Dios ha muerto ¿sabes? El que todo lo creara. El padre del mundo entero. Lloro por Él; reza y calla. Y anda y corre á que tu madre estampe un beso en tu cara, que el que me ha dado la mía lo llevo dentro del alma.

ENRIQUE CASAL.

Madrid 7 Abril 1911.

PENSAMIENTO

Para que las ideas arraiguen en la conciencia de la muchedumbre, es necesario que se prediquen con el ejemplo. Así imperó en el mundo la religión del Crucificado.

Francisco Sempere

MANANTIAL INAGOTABLE

ENTRE los infinitos hechos que prueban la Divinidad de Jesucristo, es uno decisivo el milagro patente de que la conmemoración del sublime Drama del Calvario sea celebrado todos los años con el mismo y aún creciente fervor en todos los lugares de la tierra.

¿Qué acontecimiento de la historia, aparte de otros en que intervino también la Persona Divina de Jesucristo, tiene el privilegio de reverdecer periódicamente la fé y el celo religioso de todos los católicos del mundo, tanto como este suceso singular é incomparable en que el hijo del hombre dió su vida corporal por los pecados del género humano?

El sacrificio del Calvario, único en la historia del hombre y único también en la inenarrable historia de Dios, fué de tan grandes consuelos y de tan inextinguibles tesoros, que ha derramado sus gracias á través de innumerables generaciones y seguirá derramándolas por los siglos de los siglos.

Un poder tan extraordinariamente difusivo, ha de ser, por ley de necesidad, poder divino.

RUFINO BLANCO

Director de «El Universo.»

FRAGMENTO

.... y mentalmente me traslado á Jerusalén allá por los albores del primer siglo de nuestra Era.

Es un viernes de la luna llena de Marzo, y la hora, la sexta del día.

Extraño aspecto ofrece la ciudad: el miedo, el arrepentimiento, acaso, invade á sus habitantes.

Siniestro tumulto se percibe á lo lejos: son gritos, maldiciones tal vez y también tristes lamentos.

El Sol se obscurece de repente: y la tierra queda sumida en profundas tinieblas.

La mole del Gólgota apenas se divisa: mas de su cumbre irradia suavísimo resplandor.

Corre veloz el tiempo: y se aproxima la hora nona.

Y de aquel resplandor sale una voz que dice: Dios mío, Dios mío, por qué me has abandonado?

Y á poco, se hace la obscuridad más intensa: tiembla la tierra y se parten las piedras.

El velo interior del Templo rásgase: y resucitan muchos muertos...

Acaba de consumarse el prodigio más estupendo, el milagro más asombroso, el hecho más admirable que imaginar cabe; ¡Un Dios sacrificándose, con sacrificio acerbísimo, por redimir á la Humanidad...!

A. JIMÉNEZ VILA.

NUESTRAS PROCESIONES

Algo de su historia

GUARDA el cronista para las tradiciones de Orihuela, en cuya ciudad le cupo la honra de ver su luz primera, una devoción rayana en la idolatría.

Á el osado que intentase cercenar-

las, transformarlas, fundándose en su arcaísmo, lo condenaría al destierro, pena que en su amor á Orihuela, es la que él disputa como más horrible.

Y en el conjunto de esas tradiciones, distingue una, á la que ha prestado todos los entusiasmos de su corazón juvenil, por el esplendor de la cual lucha y luchará sin tregua ni descanso.

Refiérome, amable lector, á

nuestras procesiones de Semana Santa.

Me dirán que... ¿qué podrán decirme? que no todas las imágenes que recorren nuestras calles en estos días, son joyas artísticas; que el adorno de los *pasos* no es deslumbrador; que no son un modelo de orden, de buen arreglo, dichas procesiones.

Bueno, ¿y qué?

Si en este mundo no distinguieramos con nuestros amores, más que á lo bello, á lo sin defecto, bien podríamos desterrar de nuestro corazón ese sentimiento, que únicamente podríamos emplear en amar al Sumo Bien, á la suma perfección, Dios, cuya pasión y muerte en cuanto hombre, conmemora la Iglesia en estos días.



He lamentado siempre, que no se conozca el origen de nuestras procesiones, la fecha en que comenzaron á celebrarse.

Con una gran dosis de buen deseo no coronada tal vez por el éxito, de subsanar esa falta, he buceado días y días, en la única fuente que podía prestarme el caudal apetecido: los libros de actas de la V. O. T.

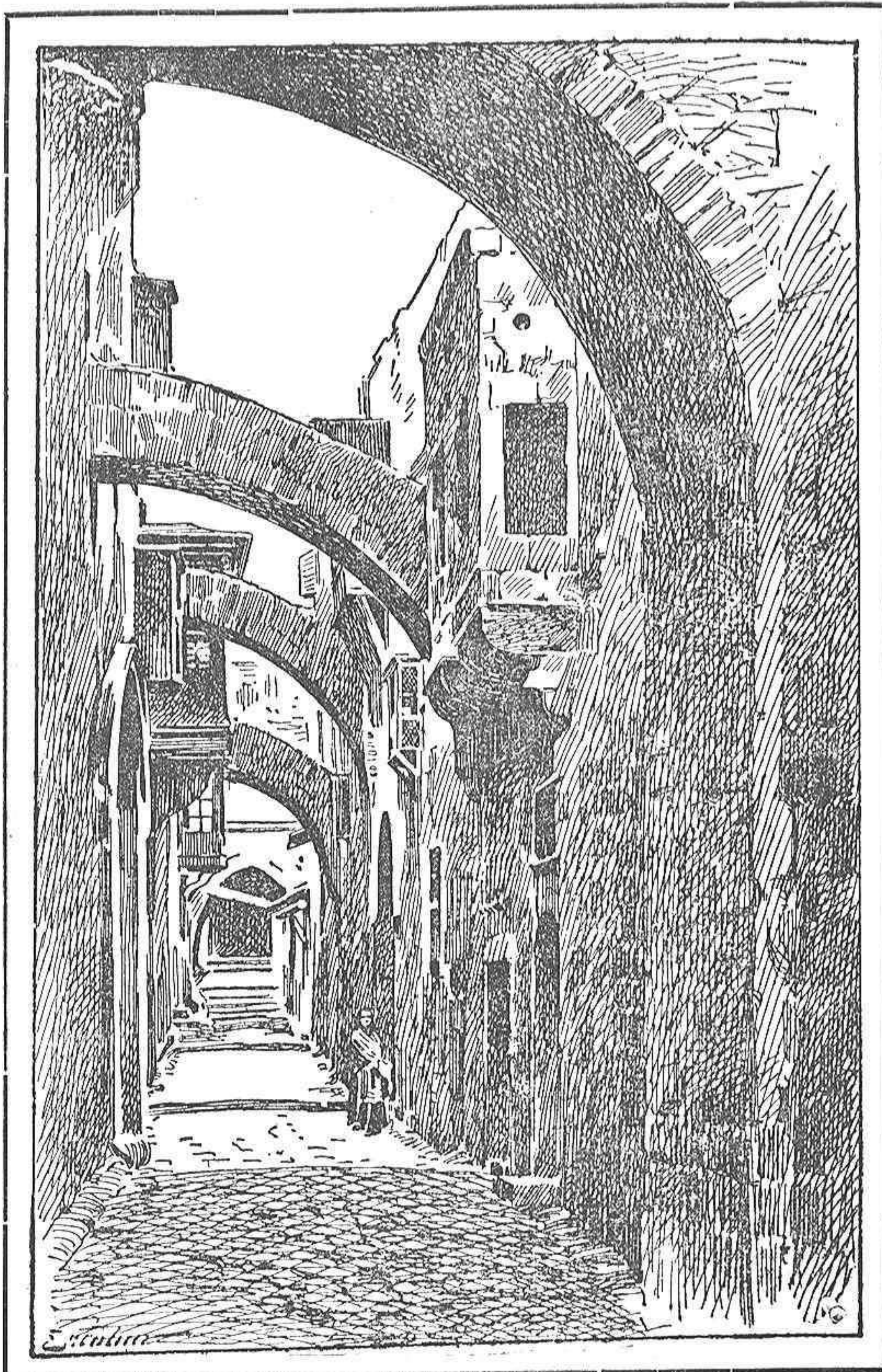
El fruto de mis trabajos aquí está: desaliñado y pobre como mío, pero rodeado de la única aureola que yo puedo ofrecerle; mi buenísima voluntad.



Es hecho al parecer innegable, que la V. O. T. de San Francisco de Asís, poseedora de la milagrosa Imagen de Jesús Nazareno, acostumbraba desde remotísima fecha á celebrar el viernes santo por la mañana una procesión llamada de «penitencia».

Es imposible reproducir ahora dicha procesión, ni saber las imágenes que en ella salían.

Los únicos datos que podrían darnos noticias son los libros de actas



LA VIA DOLOROSA.

de las juntas de la V. O. T. y esos desaparecieron cuando en 1706 entró en Orihuela al frente de sus tropas el cardenal Belluga, partidario de Felipe V.

El libro de actas más antiguo comienza en 1711, y en él se lee un acuerdo de la V. O. T., fecha 22 de Marzo de dicho año, por el que se resolvió no celebrar la procesión de penitencia del viernes santo por la mañana, suspendida hacía muchos años, por razón de los «contratiempos», en atención al escaso tiempo que faltaba, y á que en el saqueo de que fué objeto Orihuela, desaparecieron las «vestas».

En el año siguiente y previa la confección de «vestas», se acuerda celebrar dicha procesión; pero en vez de hacerla el viernes santo por la mañana, que se celebre el jueves santo por la tarde, mediante súplica al Ilmo. Cabildo Catedral, para que los oficios de ese día comiencen un poco más temprano.

Dicha procesión saldría de Monserate y terminaría en dicha Iglesia.

Igualmente se acordó no celebrar aquel año el «descendimiento», ceremonia que aunque no consta la forma en que se hacía, puede asegurarse, teniendo en cuenta que por aquellos tiempos aun no habían decaído los «autos sacramentales», que sería una representación «á lo vivo» del descendimiento de la cruz.

En el año 1722 acordó la V. O. T. que no se introdujese en la procesión de penitencia innovación alguna: que *los tres pasos* (se refiere indudablemente á esas representaciones del descendimiento) que se acostumbraban á hacer, continuasen como antes; es decir, uno en la plaza de la Fruta, frente á la Lonja; otro en la Puerta Nueva y el último en la puerta de la Iglesia de San Francisco, en cuya Iglesia se predicaba, terminada la procesión.

Hasta el año 1748, se debió celebrar la procesión con arreglo á la costumbre antes narrada, habiéndose ya dicho año no sólo de la Imagen de N. P. Jesús, sino de otras «insignias» siendo así que la única noticia que hay es, respecto á la imagen de la Verónica, que se compró en el año 1735, pagándose su importe con tres libras de seda fina y tres de redonda. También se habla ya de la «bocina».

En el referido año 1748 prohibió el arzobispo de Valencia que se celebrase el descendimiento en las calles.

Por aquellas fechas, el Sr. Obispo ordenó que á esa procesión asistiese el clero de Santiago y oficiase de Preste el cura de dicha parroquia, y creyendo la orden tercera que eso era mermar las facultades de los frailes, acordó no celebrar dicha procesión.

Hasta el año 1759 no se celebraron las procesiones de Semana Santa.

En dicho año se acordó que la Imagen de Jesús Nazareno y las otras «insignias» se trasladasen el miércoles santo por la tarde á la Iglesia de Santiago y estuviesen allí depositadas hasta el viernes santo por la mañana, que se celebraría la procesión general, devolviéndose las «insignias» á San Francisco, en cuya Iglesia se celebraría la ceremonia del «descendimiento».

De dicho año data el origen de la convocatoria ó los «carricos» que se introdujeron en nuestras procesiones á imitación de lo que se hacía en Murcia, Cartagena y otras ciudades.

Se encargaron de ella los caballeros D. Ignacio García de Lara y Torgores, D. Pascual Ruiz, D. Pedro Germán y D. Manuel Balaguer, con otros compañeros «de la mayor distinción y nobleza de este pueblo»—dice el acta que reseña las antedichas procesiones.

Pasados algunos años, la ceremonia del descendimiento se celebraba en el vía-crucis que hay frente á la ermita del Santo Sepulcro, no permitiéndose la entrada en aquel recinto, más que á la Comunidad de PP. Franciscanos, á los hermanos terceros, á los mayordomos de Nuestro P. Jesús y á las personas que ellos invitaban.

En el año 1772 se reunieron los gremios de Panaderos, Sastres, Albañiles, Carpinteros, Alpagateros y Zapateros, para encargarse de conducir las «insignias» que entonces figuraban en las procesiones de Semana Santa; los primeros se encargaron de conducir la imagen de la Verónica y las «insignias» de «La Oración en el huerto»; y los restantes gremios, la imagen de S. Juan Evangelista. Figuraban además las imágenes de N. P. Jesús, La Dolorosa y «Jesús en el sepulcro».

Hay que advertir que caso de que esas insignias de «La oración en el huerto» se refiera á las imágenes que hoy constituyen dicho «paso», no está comprendida la imagen de el Angel, que es de fecha más reciente (1).

En el año 1775, las imágenes hacían estación en la Iglesia de Monserate, en vez de hacerla en la de Santiago como antes ocurría.

Un acta del año 1783 contiene dos acuerdos relacionados con dichas procesiones; el uno, para que las andas de la «insignia» de «La Agonía» (sin duda la misma que ahora existe atribuida sin fundamento según el docto Sr. Simancas, á Saleillo) se

hagan mayores; el otro, para que figure en las procesiones el «paso» de «Los Azotes» construido en aquellos años.

Uno y otro «paso» lo conducían los labradores, y á falta de «vestas», se permitió fuesen con capa.

A fines de ese siglo y principios del siguiente, figuraban los armados en dichas procesiones, puesto que en el año 1802 acordó la V. O. T. celebrarlas, pero sin la asistencia de los armados.

Desde esa fecha hasta el año 1849, no he podido hojear las actas de las sesiones celebradas en dicho lapso de tiempo, (pues el libro se ha extraviado, al parecer) en los que indudablemente, debe constar la adquisición de las imágenes que figuran en nuestras procesiones, pues casi todas lo fueron en el siglo XIX.

Únicamente el «paso» de «El Descendimiento» se sabe la fecha en que salió la primera vez en las procesiones.

Ocurrió eso en la Semana Santa de

1858, y las esculturas las hizo el valenciano D. Felipe Farinós cobrando por ellas la cantidad de 22.110 rs.



Respecto á la concurrencia de la cofradía de la Cruz á la procesión del viernes santo es de fecha muy antigua; ya en las actas del siglo XVIII constan acuerdos de invitar á dicha cofradía para las procesiones.

La V. O. T. de San Gregorio, con el paso de «La Caida», concurrió por primera vez á la procesión del viernes santo y celebró la del martes, el año 1852, siendo hermano mayor de dicha orden D. Santiago Rebagliato.



Lector, he terminado. Mi trabajo como digo al principio, es pobre y desaliñado, sin ningún interés.

Vé en él mi buenísima voluntad y quizás me absolverás de mis pretensiones de historiador.

ASCENSIO GARCIA MERCADER.



JESÚS NAZARENO. (Copia del cuadro de Tiziano).

Ó TEMPORA! Ó MORES!

«... porque á nuestro parecer, cualquiera tiempo pasado fué mejor...»

Esos grupos escultóricos, piadosa reproducción plástica de los principales misterios de la pasión y muerte de nuestro divino Redentor, base de las tradicionales procesiones que durante la Semana Mayor recorren las calles de la ciudad, evocaban á su paso, en tiempos pretéritos, en el espíritu de la gentes que los contemplaban con ojos atónitos y continente compungido, el recuerdo y les invitaban á meditar acerca de lo que Cristo padeció por redimirnos; y en tal sentido, respondían al fin que nuestros antepasados persiguieran al modelarlos.

—¡Qué lástima! ¡Qué pena! Se oía antiguamente exclamar, á las piadosas mujeres y á no pocos hombres del pueblo, viendo pasar el grupo representativo de el prendimiento de Cristo en Getsemaní, v. gr., ó de aquella cruenta flagelación que amarrado á una columna, se le infligió poco después; y tales contritas exclamaciones eran la más elocuente de la ostración de la fé sencilla, pero firme de aquellos tiempos.

—¡Qué pena! ¡Qué lástima! —Oímos también exclamar en la época presente, trocado en gesto de «enojo» el de «compunción» que antiguamente reflejaban los semblantes. ¡Qué pena! ¡Qué lástima... que este año no haya armados!

José M.^a SENEN.

El Jesús Crucificado

Quando contemplo; oh Dios! sobre tu frente Punzante y duro el infamante espino En lugar de la bella y esplendente Corona, emblema del poder divino Quando mirando que tu cuerpo estraga El impío azote que ordenó el tirano Y brota abrasadora de la llaga La sangre con esfuerzo sobrehumano, Y el lívido semblante triste miro Transido en el dolor del soplo horrendo Del postrimer aterrador suspiro Que en la hiel del sufrir el alma anega Pensando en tus dolores no comprendo Que exista... quien incrédulo te niega.

R. R. DE VERA.

Madrid y Abril 1911.

PILATOS

Y las gentes, desconocedoras de las sublimes verdades de las doctrinas predicadas por Jesús, seguían con obcecación tristísima pidiendo el castigo de Aquél, que había de esparcir entre la humanidad entera, los redentores principios que informan el sentir de las sociedades modernas.

No eran solo las clases populares, las que se levantaban contra la doctrina que el Redentor sustentaba; participant también de la enemiga, contra ella, las más altas representaciones sociales, que ven derumbarse al empuje del Evangelio, un poder tiránico é inhumano, constituido por la ignorancia de los sumisos gobernados.

Pero entre todos ellos, entre el populacho que grita porque no alcanza la sublimidad de la doctrina, y el tirano que obra por estímulos poderosos, aunque indignos, hay un ser, villano como todos y despreciable cual ninguno, que comprende la injusticia que vá á cometerse de acceder á los apetitos de la plebe, y que sin fuerzas para oponerse, permite su realización, queriendo después con el agua borrar de su mano las señales dejadas por la sangre de Inocente víctima.

Los hechos se repiten; en la actualidad, también encontramos algunos, que pretenden justificar su conducta con los gritos de la plebe, y que buscan en un equilibrio criminal y peligroso, el agua que Pilatos necesitó para separar de sí su participación en el crimen; commiseración merecen; pues la Historia, si de ellos se ocupa, será para maldecir su nombre y colocarle juntamente con los causantes de todas las desgracias y autores de todos los vilipendios.

Valencia. Joaquín Uguet Soriano.

MEDITACIÓN

Puestodoss derechos; pues nada aliena que no grite demandando una reivindicación; pues los regidos piden, y los gobernantes, pesan, dosifican y regulan con leyes áridas, tratando de remediar con imparcialidad, más ó menos admisible, el desequilibrio latente y el malestar que cunde; antes de colarnos de rondón por las puertas de un porvenir sombrío, meditemos.

Antes de caer en el abismo de la utopía, busquemos el camino de la realidad humana; antes de realizar el Derecho según las leyes estrictas de la Aritmética árida, busquemos la armonía en el amor; la libertad en el espíritu; la igualdad en el corazón; la fraternidad en el alma.

Meditemos... bien vale la pena de ello, por si en la meditación entendemos algo que nos libre de que la tormenta estalle y la sociedad se agite en una convulsión suprema.

Los que implacables reclamáis vuestros derechos; los que astutos eludís el cumplir vuestros deberes; los que permanecéis indiferentes y dormidos; ajenos, con omisión criminal, al bien común... Meditad.

Veréis los unos que el Redentor privado de lo necesario, no protestó. Dos veces tuvo sed: una, pidió agua junto al pozo de Samaria cuando estaba fatigado del camino, y se la negaron; otra desde la Cruz quejóse de sed, y le dieron hiel y vinagre... meditad... amarguísimo fué su cáliz y le apuró hasta las heces sin perdonar tortura del cuerpo ni angustia del alma. Meditad los inactivos, los que os eximís de aportar vuestro esfuerzo á la general labor, escuchad en vuestro sueño las palabras que anatematizan vuestra conducta... «velad y orad».

Los que buscáis una clave, los que anheláis un signo, ahí tenéis la Cruz; ella os dará la fórmula y os enseñará á ser equitativos más que justos.

En las enseñanzas del Redentor aprenderéis á no dar sólo lo debido; veréis, cuando se le pide el pago del didracma, dar un *stater*... meditad todos, altos y bajos, que todos tenemos algo que aprender; en sus palabras encontraremos el camino, la verdad y la vida.

Antes de que estalle la tormenta y sobrevenga la catástrofe que determinan los desastres humanos, meditemos que al través de la Historia, desde el Calvario, á ello nos invitan las palabras de Dios, que viviendo para todos y muriendo por todos, repite: «qui sequitur me, non ambulat in tenebris».

LUIS EZCURRA SÁNCHEZ

(1) En junta celebrada el 10 de Febrero de 1849 se menciona el «paso» de «La Oración en el Huerto», adquirido por entonces.

LA CUNA Y LA CRUZ

Al acaecer en noche oscura el nacimiento de Jesús en humilde establo de Belén, dicen los Expositores Sagrados, que un astro misterioso apareció en el firmamento, el que con los resplandores y fulgores de su lumbré, llevó á todos los confines de la tierra tan grata nueva, oyéndose por vez primera en el mundo el alegre y sublime cántico de: *Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!*

Al realizarse en el Monte de las Calaveras el misterio de la Pasión y Muerte del Hombre Dios después de haber evangelizado á los pobres de espíritu, á quienes dijo que de ellos es el reino de los cielos, humillando también la soberbia y el orgullo de los ricos y poderosos con aquella terrible sentencia de que es más fácil que un camello éntre por el ojo de una aguja que un rico se salve... Otro astro no menos misterioso que el que sirvió de guía á los tres ilustres monarcas de Oriente en su viaje á la ciudad de David; el mismo que con su calor vivifica cuanto existe en la Naturaleza, deteniendo súbitamente su curso y totalmente extinguendo su luz, llevó á la humanidad la infausta nueva de la muerte de Jesús, haciendo prorrumpir al pueblo judío á voz en grito en esta sublime exclamación: *Verdaderamente que Este era el hijo de Dios!*

Al espirar Jesús en el leño santo de la Cruz, se rasgó el velo del templo y hasta las piedras se hundieron y quebrantaron en señal de dolor. Por esto el recuerdo del muy sublime drama del Calvario que en estos días de la Semana Mayor conmemora la Iglesia Católica, jamás se borrará de la memoria de los pueblos, mal que pese á la descarada impiedad que padecemos en esta época de adelantos y progreso.

JOSE MARIA SARABIA.

Semana Mayor

La Iglesia Católica celebra en los presentes días uno de los hechos más transcendentales de la historia, una de las epopeyas más grandes de la humanidad.

El cruento sacrificio del Señor nos hace experimentar honda amargura á los que sin sentir rubor por llamarnos cristianos, comulgamos en las sabias y bienhechoras doctrinas de aquel mártir.

El corazón del creyente no puede menos de sentir en esta semana effluvis de arro-bamiento divino; y es que al recordar la sangrienta escena del Calvario, sin necesidad de grandes esfuerzos, nos damos cuenta exacta de que aquel Hijo amantísimo entregó su sangre preciosísima,

su cuerpo inmaculado, su alma toda, por redimirnos, por salvar á la humanidad caída, del pecado que por herencia recibimos de nuestros primeros padres.

No se concibe que podamos ser cristianos sin que en nuestro interior lleguemos á sentir alguna de las afecciones á que nos conducen los agudísimos tormentos que de manos de los judíos recibió aquel Mártir.

Por esto los pueblos que rinden culto á Dios sin dejarse llevar de la farsa moderna, son grandes y heroicos, recibiendo esta heroicidad y aquella grandeza de la fé con que defienden la verdad inconcusa, que ya Cristo Jesús, en el momento supremo de espirar, se encargó de decir á cuantos le rodeaban:

«Para todo aquél que practique mis doctrinas, será el reino de los Cielos, que mi Eterno Padre les tiene reservado.

MIGUEL BAMBALERE.

LA PEDRADA

I.

Cuando pasa el Nazareno
De la túnica morada,
Con la frente ensangrentada,
La mirada del Dios bueno
Y la soga al cuello echada,
El pecado me tortura,
Las entrañas se me anegan
En torrentes de amargura,
Y las lágrimas me ciegan
Y me hiere la ternura.
Yo he nacido en esos llanos
De la estepa castellana,
Cuando había unos cristianos
Que vivían como hermanos
En república cristiana.
Me enseñaron á rezar,
Enseñaronme á sentir
Y me enseñaron á amar,
Y como amar es sufrir,
También aprendí á llorar.
Cuando esta fecha caía
Sobre los pobres lugares,
La vida se entristecía,
Cerrábanse los hogares,
Y el pobre templo se abría.
Y detrás del Nazareno
De la frente coronada
Por aquel de espigas lleno
Campo dulce, campo ameno
De la aldea sosegada,
Los clamores escuchando
De dolientes *Misereres*,
Iban los hombres rezando,
Sollozando las mujeres
Y los niños observando...
¡Oh, qué dulce, qué sereno
Caminaba el Nazareno
Por el campo solitario,

De verdura menos lleno
Qué de abrojos el Calvario!
¡Cuán suave, cuán paciente
Caminaba y cuán doliente
Con la Cruz al hombro echada,
El dolor sobre la frente
Y el amor en la mirada!
Y los hombres abstraídos
En hileras extendidos,
Iban todos encapados,
Con ! achones encendidos
Y semblantes apagados.
Y enlutadas, apiñadas,
Doloridas, angustiadas,
Enjugando en las mantillas
Las pupilas empañadas
Y las húmedas megillas,
Viejecitas y doncellas
De la imagen por las huellas,
Santo llanto iban vertiendo...
¡Como aquellas, como aquellas
Que á Jesús iban siguiendo!
Y los niños admirados,
Silenciosos, apenados,
Presintiendo vagamente
Dramas hondos no alcanzados
Por el vuelo de la mente,
Caminábamos sombríos
Junto al dulce Nazareno,
Maldiciendo á los Judíos,
«Que eran Judas y unos tíos,
Que mataron al Dios bueno.»

II.

¡Cuántas veces he llorado
Recordando la grandeza
De aquel hecho inusitado
Que una sublime nobleza,
Inspiróle á un pecho honrado!
La procesión se movía
Con honda calma doliente.
¡Qué triste el Sol se ponía!
¡Cómo lloraba la gente!
¡Cómo Jesús se afligía!
¡Qué voces tan plañideras
El *Miserere* cantaban!
¡Qué luces, que no alumbraban
Tras las verdes vidrieras
De los faroles brillaban!
Y aquel sayón inhumano
Que al dulce Jesús seguía
Con el látigo en la mano,
¡Que feroz cara tenía!
¡Qué corazón tan villano!
¡La escena á un tigre blandara!
Iba á caer el cordero,
Y aquel negro monstruo fiero
Iba á cruzarle la cara
Con el látigo de acero...
Mas un travieso aldeano,
Una precoz criatura
De corazón noble y sano
Y alma tan grande y tan pura
Como el cielo castellano,
Rapazuelo generoso
Que al mirarla silencioso,
Sintió la trágica escena,

Que le dejó el alma llena
De hondo rencor doloroso,
Se sublimó de repente,
Se separó de la gente,
Cogió un guijarro redondo,
Miróle al sayón la frente
Con ojos de odio muy hondo,
Paróse ante la escultura,
Apretó la dentadura,
Aseguróse en los pies,
Midió con tino la altura,
Tendió el brazo de través,
Zumbó el proyectil horrible,
Sonó un golpe indefinible,
Y del infame sayón
Cayó botando la horrible
Cabezota de cartón.
Los fieles alborotados
Por el terrible suceso,
Cercaron al niño airados,
Preguntándole admirados:
—¿Por qué, por qué has hecho eso?
Y él contestaba agresivo,
Con voz de aquellas que llegan
De un alma justa á lo vivo:
»¡Porque sí, porque le pegan
Sin hacer ningún motivo!»

III.

Hoy, que con los hombres voy,
Viendo á Jesús padecer,
Interrogándome estoy:
¿Somos los hombres de hoy
Aquellos niños de ayer?

J. M. GABRIEL Y GALAN.

EL BESO DE JUDAS

En aquel beso simbólico quedó la Humanidad retratada.

Aquel beso falso y traidor se ha repetido en los siglos, sin que los hombres hayamos sabido perdonar y bendecir como el divino Maestro.

Y como aquel beso son los que dán los malos apóstoles, los que venden las ideas y los hombres por treinta cuartos.

Y como aquel beso son los que salen de los labios encenagados y corrompidos de los que llevan el alma en el vientre.

Y como aquel beso son los que otorgan los manchados de corazón, los flacos de voluntad, los que viven á la sombra de mercedes injustas y favores inmorales.

¡Hacer del alma una mercancía!
¡Vender y besar! ¡Unir la traición al afecto!

La percepción sublime de este pasaje evangélico debe servirnos de enseñanza.

¡Que nunca Señor venza, sobre las tribulaciones de nuestra mente, y

las flaquezas de nuestros corazones, el espíritu de la traición y del engaño!

¡Que nunca, Señor, apartemos los ojos del daño espiritual cuando corramos en pos de los bienes temporales!

¡Que nunca, Señor, olvidemos que el Hijo de Dios nació en un pesebre, y murió en un Leño, cuyos brazos aprietan, al recuerdo de su pasión y muerte, á todos los hombres de buena voluntad!

M. LUCAS IBÁÑEZ

Imp. de L. Zerón.

